

# De la des-restauración

**Giuseppe Cristinelli**, profesor titular de Restauro Architettonico en el Instituto Universitario de Architettura di Venezia, IUAV

Traducción: Rosalía Gómez Muñoz

Casi todos los edificios existentes, si no todos, ofrecen por sí mismos, más o menos evidentes, huellas de transformaciones que se han ido produciendo a lo largo del tiempo. Son signos y testimonios de sus vidas que, junto a la estructura original, nos dan testimonio de la autenticidad de *este* (αυτός) edificio tal y como se presenta en la actualidad. También la restauración, o las restauraciones, por muy cautas que sean, son transformaciones, si bien destinadas a la conservación del edificio mismo ¿Qué diferencia existe entre estas últimas y las otras intervenciones no destinadas a la conservación del edificio preexistente? El tema de este encuentro impone una distinción.

La mitad del siglo XIX, tal y como enseña S. Giedion –más allá de cualquier capciosidad histórico lingüística– contempla el nacimiento de la arquitectura moderna, estrechamente ligada a las posibilidades de utilización de materiales como la fundición, el hierro, el vidrio o el hormigón. La velocidad del proceso de desarrollo técnico e industrial une cada vez más, hasta nuestros días, el descubrimiento de nuevas tecnologías con la transformación y la afirmación de los distintos lenguajes arquitectónicos, desde la época de los ingenieros hasta el racionalismo, a la actual babel formalista y homologadora.

La cultura arquitectónica, ligada a las exigencias del mercado de la construcción, ha tenido poco tiempo para dedicarle a la lógica de la obra tradicional. Frente a las exigencias de adecuación de lo construido a los nuevos modos de vida de una sociedad, también ella en un proceso muy rápido de cambio, se respetaban y se respetan aún hoy de forma parcial las fachadas, mientras que las distribuciones interiores son alteradas de forma radicalmente en todas las ciudades de Europa.

Pero, para tranquilizar la conciencia, se necesitaba que algo quedara para *recordar* como elemento de identificación con el pasado, y para colmar las aspiraciones de la nueva clase económica emergente. Así nace la restauración, dirigida sobre todo a los grandes monumentos: para mantener las distintas identidades nacionales, como sucede en Francia, en Italia, en Inglaterra y en otros estados europeos. Si las finalidades conciernen a la identidad nacional, las formas divergen, aunque tampoco demasiado. La realidad del edificio es sustituida por la idea de *estilo*, más o menos variada desde Viollet hasta ya superada la mitad del siglo pasado.

Sólo después de ese periodo se afirman la necesidad de respetar la autenticidad, en la acepción antes indicada, y también de conservar la construcción que pone en interconexión a los grandes monumentos en la unidad de lo urbano y la concepción de los espacios interiores de los edificios, como algo íntimamente ligado a la imagen que se configura en las fachadas. Y se afirma de forma contextual también la evidencia morfotipológica de la ciudad como unidad de forma urbana, como asentamiento constructivo y emergencias arquitectónicas.

La intervención en la obra construida asume ahora el nombre de restauración cuando se realiza dentro de la comprensión de la lógica de dicha intervención y respetando su autenticidad y su integridad.

Pero esta acepción de la restauración, lo repetimos, es sin embargo bastante reciente; y en relación con ella no podrían definirse como restauraciones las de Viollet, ni siquiera las de Boito y, en ciertos

aspectos, tampoco las de Giovannoni. Y es seguro que tampoco pueden definirse como restauraciones esos pintorescos revoltillos de fragmentos de lenguajes contemporáneos de los elementos preexistentes tan queridos para los críticos y para los persuasores contemporáneos.

Las intervenciones en los espacios interiores de los edificios, hoy de forma aún más evidente, están connotadas casi siempre por la fealdad.

Así pues, tenemos tres estaciones distintas y tres modos de restauración dirigidos a la conservación de algún elemento de la obra construida, es decir: el de los grandes monumentos en nombre del estilo o del lenguaje, el de las intervenciones en la distribución interna y el de los acercamientos asintóticos entre lo existente y las nuevas construcciones.

La posibilidad de intervenir a favor de éstos o de restaurar está inevitablemente ligada a un juicio de valor; el signo dejado por una restauración efectuada no es en absoluto diferente de la naturaleza de cualquier otro signo. Y es sobre este signo sobre el que hay que expresar el juicio. Así ha hecho por ejemplo Boiret cuando intervino en la restauración de la catedral de Saint Sernin des-restaurando la intervención de Viollet le Duc. Boiret opera en la parte superior de la fachada lateral proponiendo una nueva altura, perfiles, partes comparativas y decorativas de los que había encontrado una documentación precisa y que corresponden a una situación anterior a la existente en el tiempo de Viollet. Este último, que evidentemente no estaba en posesión de tales documentos, o bien por una antihistórica voluntad de compactación estilística lo había resuelto de otra forma ¿Qué hacer ahora, des-restaurar la restauración anterior o aceptar la situación actual? Se trata de un problema que no tiene solución. Por un lado, el concepto de coherencia formal y lingüística nos llevaría inmediatamente a conservar la intervención de Boiret como una correcta restitución liberadora e integradora; por otro, la historia y la necesidad de documentación que lleva implícita se encontraría en una situación embarazosa entre las dos elecciones: ¿se conserva el original o la última intervención? Pero todo comportamiento implica una decisión y lo mismo sucede con el hecho de no decidirse. Y toda decisión puede producir una elección tal y como ha sido descrito desde Aristóteles en la secuencia compuesta de *investigación, deliberación, voluntad y, finalmente, elección*.

Ahora, para no caer una vez más en equívocos, se trata de determinar el carácter de permanencia de una obra, que es también la referencia fundamental de la restauración, no en abstractos como estilo, forma o materia, sino en eso que es precisamente la obra en sí misma en cuanto auténtica (*αυλός*). Sobre este concepto de auténtico como síntesis e integración de características peculiares, en lo específico de *esta obra*, se ha detenido la atención de los estudiosos de la Carta de Cracovia. Un auténtico entendido como sustrato de la obra y que no puede ser reducido a predicado así como ningún predicado podrá definirlo por completo. Es decir, que la mezquita de Córdoba es una arquitectura árabe pero que la arquitectura árabe no puede ser la mezquita de Córdoba. Al mismo tiempo, la mezquita de Córdoba es arquitectura árabe y una infinidad de cosas más.

Este sustrato que es la obra no puede ser incluido de forma exhaustiva en ninguna definición. Puede ser captado como algo específico, como *distinto de nosotros*, como un nómeno kantiano que sólo el conocimiento puede conducir al ámbito de una relativa objetividad fenoménica.

Para volver a la des-restauración, yo personalmente considero que ésta raramente puede ser aplicada a los monumentos. Sobreponer altares barrocos a las iglesias románicas o góticas desafortunadamente privadas de éstos en nombre de la unidad estilística, es una operación bastante discutible si no inadmisibles, salvo quizá en esos rarísimos y extraordinarios casos, en edificios en los que la parte eliminada asumía un excepcional valor y desempeñaba un particular papel expresivo, sin el cual el monumento se presentaría hoy como inútil. Pero, repito, me parece que los casos pueden ser rarísimos.

Casi lo mismo vale para los aparatos decorativos, figurativos o compositivos que han sido objeto de restauraciones en los últimos ciento cincuenta años; a menos que se trate de vistosas y deformadoras restauraciones equivocadas. Me parecería absurdo “corregir” las intervenciones de Boito en Venecia, así como las del mismo Berchet en el Fondaco dei Turchi. Por el contrario, algunas intervenciones, incluso recientes, de consolidación de materiales lapídeos, de metales, de maderas y de revoques que se muestran claramente peligrosas para la conservación de los materiales mismos o para su policromía, consistencia, refracción luminosa, etc., deben necesariamente ser eliminados. Y lo mismo sucede con las intervenciones técnicas, en los cimientos, estructuras verticales u horizontales que resultaran perjudiciales para su conservación y para el papel funcional de las citadas estructuras, además de para su eficacia.

Donde, sin embargo, la intervención de des-restauración se configura casi siempre como necesaria es en aquellos casos de adecuación de las distribuciones espaciales interiores por nuevas exigencias efectuadas en los últimos cien años. “Restaurar la casa” quería decir en otro tiempo y también ahora muy a menudo, en muchísimos casos, ponerla del revés en cuanto a su lógica espacial para adecuarla a modos de vida a menudo ficticios u oportunistas inspirados en criterios y modalidades indicados por decoradores, o *interiors design* que no se enfrentan ni siquiera mínimamente con la lógica que sustenta la construcción existente. No es extraño que las estructuras internas sean totalmente demolidas para dejar sitio a otras que se acercan de forma desconsiderada y muy a menudo desagradable a las fachadas; estas últimas, por su parte, son conservadas como testimonios de una macabra consideración del pasado. En estos casos, salvo algunos rarísimos ejemplos, lo más aconsejable es la intervención restauradora de readquisición de la lógica espacial. Y es dentro de esta última donde hay que buscar las posibilidades de adecuación a nuestras exigencias higiénicas, habitativas (localización de servicios, cocina, instalaciones, etc.) no solamente por exigencias de conservación de sistemas espaciales sino precisamente porque de dos lógicas contrapuestas no puede resultar más que un conjunto incongruente; como el de muchos apartamentos para veraneantes o de personas que quieren tener su residencia en Venecia, París, Florencia o Praga así como en todos los centros de muchísimas ciudades europeas y no europeas. El resultado, además de una ruina para la construcción, es también, muy a menudo, un ridículo signo de ambición de las personas incultas. Así pues, es correcto intervenir, en muchos casos, tanto mediante intervenciones de demolición de tabiques mal dispuestos como con la reconstrucción de partes de muros, para conservar el testimonio de una vida que existió en otro tiempo y que puede ser nuestra con unas cuantas adecuaciones correctamente determinadas. Alguien podría decir que también el caos y la destrucción son testimonios de nuestro tiempo. Podemos responder que, desgraciadamente, siempre quedarán los suficientes como para hacerlo feliz.

Se dirá también que existen obras de gran valor que han sido realizadas a costa de destruir lo que existía anteriormente. ¡Cierto! En la Biblioteca Querini de Venecia, Carlo Scarpa propone la entrada con un puente proyectado por él que introduce a través de una ventana directamente a un espacio interior completamente reestructurado y la simple unidad paratáctica de las Procuratie Vecchie es alterada por completo, siempre por la mano de Scarpa, para la Tienda Olivetti. Pero tenemos el derecho y el deber de afirmar que se trata de obras maestras de arquitectura y lo que adquirimos es mucho más que lo que perdemos. Claro que si bien existe Carlo Scarpa también existen muchos imitadores de Carlo Scarpa y, por desgracia, éstos son innumerables. Bienvenido sería otro Carlo Scarpa; si existiese.

Sin embargo, debemos enfrentarnos con una aberrante teoría muy en boga entre los medios culturales de nuestros días, según la cual cualquier elucubración constructiva, adosada a una pre-existencia, se configuraría como una restauración, asumiendo también el extraño nombre de arquitectura para la conservación (véase el programa del laboratorio de la licenciatura especializada en

Conservación de la Arquitectura 2004/2005). El campo en el que se exhiben estos proyectos tiene su origen en esos casos en la adecuación literal del edificio a las normativas antiincendio, barreras arquitectónicas, salidas de emergencia, etc. Normas que son acogidas con entusiasmo ya que, por fin, a través de ellas, se hace posible evadir las aburridas “restricciones” de los organismos de tutela. Surgen así salidas y ascensores monumentales, instalaciones que se exhiben con gran impacto en los espacios de los edificios, posiblemente pintados de colores chillones. Pero donde más se exhibe la fantasía es en los edificios que han quedado sin terminar, en esos edificios fuertemente degradados por causas antrópicas, sísmicas o bélicas, en las ruinas o en los restos arqueológicos. Muchas de estas intervenciones se quedan sólo en el papel por la prudente acción de los organismos de tutela, sobre todo en Italia. Pero en Europa, y en parte también en la misma Italia, generalmente se realizan.

Y sólo en poquísimos casos se puede contar con la válida intervención de la justicia ordinaria, tal y como sucedió en Sagunto. Si queremos asumir responsabilidades frente a nosotros mismos y frente al presente, además de para el futuro, en estos casos en los que la imagen y aún más la sustancia misma de la arquitectura, reducida a pura materia es estropeada, es donde la des-restauración resulta casi obligatoria.

Hay estudiosos que piensan que cualquier obra, cualquier intervención, una vez realizada, tiene derecho a existir porque siempre sería testimonio de algo. La autoimposición de negar siempre el juicio de valor es común a algunos historiadores y también a algunos conservadores. La restauración, al actuar en la historia y en la arquitectura, no puede identificarse ni con la crónica ni con la archivística.

En primer lugar, debe conservar el objeto para su propio tiempo; y luego para el futuro, incluso aquello que no logra descifrar. Pero no puede conservar todo lo que existe compilando una lista que elude la responsabilidad en el tiempo de la historia. El juicio es inevitable en la restauración, tanto en la arquitectura como en la vida.

Dejemos que Funes el Memorioso, el personaje de Borges, recuerde y cuente todos los instantes del pasado. Nosotros mantengamos también el sabio olvido y la capacidad o la libertad de decir no y, en la casuística, cuando la obra construida como auténtica e íntegra sea considerada únicamente como el punto de partida de una acción que sólo puede resultar destructiva.

La arquitectura moderna es vital y desempeña un papel esencial en nuestra cultura y en nuestra civilización pero, en la era en que vivimos, no puede realizarse destruyendo los signos de un pasado en el que se funda nuestra misma identidad, civil y cultural.

Como conclusión, hay que tener en cuenta cuáles son las connotaciones fundamentales de la restauración entendida como obra conscientemente encaminada a prolongar en el tiempo la existencia de un edificio. Los modos en que esto se produce pueden ser diferentes en las intervenciones de estos últimos dos siglos y nosotros, hoy, podremos también tener opiniones diferentes, si no opuestas. Pero siempre es posible encontrar en éstos una intención conservadora (con una acepción de este término también distinta de la nuestra) el fruto de un pensamiento, una progresiva afinación metodológica, una alteración frente al pasado.

En este sentido, me parece que la des-restauración es una operación difícilmente aplicable, si no descartable.